

LIBRO CUARTO

ROMA

CAPITULO I

Pasaron quince dias, durante los cuales se dedicó enteramente lord Nelvil á acompañar á Corina : solo salia de su casa para ir á verla, y sin hablarle nunca de su pasion, la hacia disfrutar de ella cada instante del dia. Corina estaba acostumbrada á los obsequios vivos y lisonjeros de los Italianos ; pero la dignidad de los modales de Osvaldo, su aparente tibieza, y la sensibilidad que pesar suyo se manifestaba, tenian mucho mayor poder en su fantasía. Jamas le oia contar una accion generosa, jamas le hablaba de una desgracia, sin que se llenasen sus ojos de lágrimas, y siempre procuraba disimular su

ROMA

83

conmocion, porque le inspiraba un sentimiento de respeto que no habia experimentado en mucho tiempo ; no podia admirarla ningun talento, por superior que fuese ; mas la elevacion y la dignidad de carácter obraban hondamente en su ánimo. Lord Nelvil reunia á estas prendas una nobleza en las expresiones, y una elegancia en las menores acciones de la vida, que hacia oposicion con el descuido y la familiaridad de la mayor parte de los grandes señores romanos.

No obstante que las inclinaciones de Osvaldo eran en ciertos puntos diferentes de las de Corina, se entendian mutuamente de una manera maravillosa : lord Nelvil adivinaba las impresiones de Corina con una sagacidad suma, y Corina, en la mas leve alteracion del semblante de lord Nelvil, descubria lo que pasaba en su interior ; y acostumbrada á las estrepitosas demostraciones de la pasion de los Italianos, aquel afecto tímido y altanero, aquel sentimiento probado sin cesar, y jamas declarado, derramaba en su vida un interes absolutamente nuevo : sentíase como rodeada de una atmósfera mas suave y mas pura, y cada momento del dia le causaba un sentimiento de felicidad, que disfrutaba con gusto y sin querer examinarle.

Una mañana entró en su casa el príncipe de Castel-Forte ; estaba triste, y ella le preguntó el motivo. — Ese Escoces, le dijo, va á robarnos vuestro afecto, y ¡ quién sabe si os llevará léjos de nos-

otros! — Corina guardó algunos instantes de silencio, y luego le contestó; os afirmo que no me ha dicho que me amaba. — Vos, empero, lo creéis, respondió el príncipe de Castel-Forte; os habla con su vida, y su propio silencio es medio diestro de interesaros: en efecto, ¡qué puede deciros que no hayais oído! ¡qué alabanza no os fué ofrecida! ¡qué obsequio no estais hecha! Mas hay algo reprimido, y envuelto en el carácter de lord Nelvil, que nunca os permitirá juzgar enteramente de él, como juzgais de nosotros. Vos sois la criatura mas fácil de conocer que hay en la tierra, y por lo mismo que os mostrais gustosa cual sois, os agradan y os imponen respeto la reserva y el misterio: lo desconocido, sea cual fuere, tiene en vos mas imperio que todos los sentimientos que se os demuestran. — Sonrióse Corina. — ¡Pensais, pues, amado príncipe, le dijo, que mi corazón es ingrato, y mi imaginación caprichosa? Paréceme, sin embargo, que lord Nelvil posee y ostenta prendas bastante notables para que yo no pueda lisonjearme de haberlas descubierto. — Es, respondió el príncipe de Castel-Forte, lo confieso, un hombre activo, generoso, discreto, tal vez sensible, y en especial melancólico; pero me engaño mucho, ó sus inclinaciones no tienen ninguna semejanza con las vuestras. No lo advertireis, miéntras se halle bajo el encanto de vuestra presencia, mas no duraria vuestro imperio en él, si se viese ausente de vos; cansarianle los obstá-

culos, porque su alma ha contraído en los sinsabores que ha experimentado, una especie de desaliento perjudicial á la energía de sus resoluciones; y ya sabeis cuán sujetos están los Ingleses en general á las costumbres y á los hábitos de su patria.

Corina calló, y dió un suspiro: recordáronse á su pensamiento dolorosas reflexiones sobre los primeros acaecimientos de su vida; pero á la noche vió á Osvaldo mas atento que nunca; y de toda la conversacion de Castel-Forte, solo quedó en su mente el deseo de fijar á lord Nelvil en Italia, haciéndole amar las bellezas de todas clases de que está dotado aquel país. Con esta intencion le escribió la carta siguiente: la libertad con que se vive en Roma disculpaba este paso; y Corina, en particular, aunque podia acusársela por demasiada franqueza y violencia de carácter, sabia conservar mucha dignidad en la independenciam, y en la viveza mucho recato.

[CORINA Á LORD NELVIL.

15 de diciembre 1794.

« Ignoro, milord, si os pareceré demasiado confiada en mí misma, ó si hareis justicia á los motivos que pueden disculpar esta confianza: ayer os oí decir que todavia no habíais viajado por Roma, que no conocíais las obras maestras de nuestras bellas artes, ni las antiguas ruinas que nos enseñan

la historia por la imaginacion y sentimiento; y yo he concebido la idea de atreverme á presentarme para ser vuestra guía en esas excursiones por entre los siglos.

» Ciertamente ofreceria Roma con facilidad muchos sabios, cuya profunda erudicion pudiera seros mas útil; pero si logro haceros amar esta mansion, hácia la cual me he sentido siempre imperiosamente atraida, acabarán vuestros estudios propios lo que haya empezado un imperfecto bosquejo.

» Vienen muchos extranjeros á Roma, como irian á Lóndres ó á Paris, á buscar las diversiones de una gran ciudad, y si se atreviesen á confesar que se han fastidiado en Roma, creo que la mayor parte lo confesarian; mas es asimismo cierto que puede descubrirse en ella un encanto que no cansa jamas. ¿ Me perdonareis, milord, desear que conozcais este encanto ?

» Sin duda es preciso olvidar aquí todos los intereses políticos del mundo; pero cuando estos intereses no van unidos con obligaciones, ó con sentimientos sagrados, entibian el corazon: tambien ha de renunciarse á lo que en otras partes se llamarian placeres de la sociedad; pero esos placeres, casi siempre hacen árida la imaginacion. En Roma se goza de una existencia juntamente solitaria y viva, que desenvuelve con libertad cuanto el cielo ha puesto en nosotros mismos. Repítolo, milord, perdonadme este amor á mi patria, que me hace

desear la ame un hombre como vos; y no juzgueis con la severidad inglesa las demostraciones de benevolencia que una Italiana cree poder dar, sin perder cosa alguna á sus ojos ni á los vuestros. —

» CORINA. »

En vano hubiera querido Osvaldo disimularsele; se juzgó felicísimo al recibir esta carta; divisó un porvenir confuso de delicias y de ventura; y la imaginacion, el amor, el entusiasmo, cuanto hay divino en el alma del hombre, lo halló reunido en el proyecto hechicero de ver á Roma con Corina. No reflexionó esta vez, esta vez salió al punto mismo para ir en busca de Corina, y en el camino miró al cielo, sintió el buen tiempo, y llevó ligeramente la vida: perdiéronse en las nubes de la esperanza sus penas y sus temores; su corazon, tanto tiempo oprimido de la tristeza, palpitaba y se estremecia de gozo; temia que no durase tan venturosa disposicion; pero la misma idea de que era pasajera, daba á aquella fiebre de felicidad mas actividad y fuerza.

— ¿ Ya venís ? dijo Corina viendo entrar á lord Nelvil; ¡ ah, perdon ! — y le tendió la mano. Cogióla Osvaldo, imprimió en ella sus labios con el mas tierno cariño, y no sintió en aquel momento la timidez dolorosa que á veces se mezclaba con sus impresiones mas agradables, y le daba sentimientos amargos y penosos con las personas que mas

amaba. La intimidación entre Osvaldo y Corina había empezado desde que se ausentaron; la carta de Corina la había establecido; ambos estaban contentos, y sentían uno á otro una tierna gratitud.

— Por fin, dijo Corina, os enseñaré esta mañana el Panteón y San Pedro: ya tenía alguna esperanza, añadió sonriéndose, de que aceptaríais el viaje de Roma en mi compañía; y por tanto están preparados mis caballos. Os esperé; venísteis; bien; partamos. — ¡Criatura admirable! dijo Osvaldo, ¿quién sois, dónde habeis recogido tantos encantos diversos, que debieran, al parecer, excluirse, sensibilidad, humor festivo, saber profundo, gracia, abandono y modestia? ¿sois una ilusión? ¿sois una ventura sobrenatural para la vida del que os halla? — ¡Ah! si tengo poder de haceros algún bien, repuso Corina, no debeis pensar que renuncie á él nunca. — Cuidado, replicó Osvaldo, asiendo con ternura la mano de Corina, cuidado con ese bien que quereis hacerme. Hace casi dos años oprime mi corazón una mano de hierro; si vuestra dulce presencia me ha dado algún descanso, si respiro cerca de vos, ¿qué será de mí cuando deba volver á entrar en mi suerte? ¿qué será de mí?... — Dejemos al tiempo, dejemos al acaso, interrumpió Corina, decidir si esa impresión de un día que he causado en vos, durará más de un día: si nuestras almas se comunican y se entienden, no pasará nuestro mutuo afecto. Como quiera, vamos á admirar juntos cuanto puede elevar

nuestro ánimo y nuestros sentimientos; siempre disfrutaremos de este modo de algunos momentos de felicidad. — Acabando estas palabras, bajó Corina, y lord Nelvil la siguió, atónito de su respuesta: parecióle que ella admitía la posibilidad de un semicariño, de un atractivo momentáneo; por fin, pensó advertir ligereza en el modo con que se expresó, y ofendióle esta idea.

Sentóse sin hablar en el coche de Corina, que adivinándole el pensamiento, le dijo: — No creo que el corazón esté hecho de manera que siempre nos háyamos de sentir sin amor absolutamente, ó con la pasión más invencible; hay principios de cariño que pueden desvanecerse con un examen más detenido: hay lisonjas, hay desengaños, y el mismo entusiasmo de que somos capaces, si hace más rápido el encanto, puede hacer también la tibieza más pronta. — Habeis meditado mucho sobre el amor, dijo Osvaldo, con acento amargo. — Corina se sonrojó, y calló algunos momentos; luego rompiendo el silencio con una mezcla bastante notable de franqueza y de dignidad: — No creo, dijo, que haya llegado una mujer sensible á los veinte y seis años jamás, sin haber conocido la ilusión del amor; mas, si no haber sido nunca dichosa, si no haber nunca hallado el objeto capaz de merecer los afectos del corazón, es un título para inspirar interés, soy acreedora al vuestro. — Estas palabras, y el acento con que las pronunció, disiparon un tanto la

nube que se habia levantado en el alma de lord Nelvil; no obstante, dijo entre sí: — Es la mas seductora de su sexo; pero es Italiana; y no aquel corazon tímido, inocente, desconocido de sí mismo, que sin duda posee la jóven Inglesa á quien mi padre me destinaba.

Aquella jóven Inglesa se llamaba Lucila Edgermond, hija del mejor amigo del padre de lord Nelvil; mas era todavía harto niña cuando Osvaldo se ausentó de Inglaterra, para que pudiese darla su mano, ni aun prever con certeza cuál llegaría á ser con el tiempo.

CAPITULO II

Osvaldo y Corina fueron primeramente al Panteon, que hoy llaman *Santa María de la Rotunda*: el catolicismo ha heredado donde quiera en Italia del paganismo; pero el Panteon es el único templo antiguo que se ha conservado entero en Roma, el único en que puede advertirse de lleno la belleza de la arquitectura de aquellos tiempos, y el carácter particular del culto que entónces reinaba. Osvado y Corina se detuvieron en la plaza del Panteon, á

fin de admirar el pórtico de aquel templo, y las columnas que le sostienen.

Corina hizo notar á lord Nelvil que el Panteon estaba construido de forma que parecia mucho mayor de lo que es. — La iglesia de San Pedro, dijo, os causará un efecto del todo diverso; al pronto la tendreis por menor de lo que es en realidad: la ilusion favorable del Panteon procede de haber mas espacio entre las columnas, y de que el aire gira con libertad al rededor de ellas; mas en especial de que apenas se ven en él adornos, al paso que San Pedro está cargado de ellos por todas partes: así la poesía antigua no diseñaba mas que los grupos considerables, y dejaba que el discurso del oyente llenase los huecos, y supliese los pormenores; nosotros los modernos, en todo decimos demasiado.

Este templo, prosiguió Corina, fué consagrado por Agripa, favorito de Augusto, á su amigo, ó mas bien á su señor; pero el señor tuvo la modestia de rehusar la dedicacion del templo, y Agripa hubo de dedicarle á todos los dioses del Olimpo, para sustituir al Dios de la tierra, el poder. Encima del Panteon habia un carro de bronce, sobre el cual estaban colocadas las estatuas de Augusto y de Agripa: por cada lado del pórtico se hallaban, con otra forma, las mismas estatuas; y todavía se lee en el frontispicio del templo: *Agripa le consagró*. Augusto dió nombre á su siglo, porque hizo que aquel siglo fuese una época del entendimiento humano:

las obras maestras de sus contemporáneos formaron, digámoslo así, los rayos de su auréola; supo honrar hábilmente á los hombres de genio que cultivaban las letras, y debió á ellos su gloria en la posteridad.

Entremos en el templo, prosiguió Corina; ya lo veis, permanece descubierto casi como en otro tiempo: dicen que esa luz que viene de arriba era emblema de la divinidad superior á todas las divinidades: los paganos gustaron siempre de las imágenes simbólicas, y en verdad parece que este lenguaje es mas propio de la religion que la palabra. Frecuentemente cae la lluvia sobre esos pavimentos de mármol; pero tambien entran á alumbrar las plegarias los rayos del sol; ¡qué serenidad! ¡qué aire festivo se advierte en este edificio! Los paganos divinizaron la vida, y los cristianos han hecho divina la muerte; este es el espíritu de los dos cultos; pero nuestro catolicismo romano es ménos lóbrego que el del norte, como lo observareis, cuando estemos en la iglesia de San Pedro. En lo interior del santuario del Panteon, están los bustos de nuestros mas famosos artistas, adornando los nichos donde estaban colocados los dioses de los antiguos: como desde la destruccion del imperio de los Césares, no ha vuelto á tener casi nunca Italia independendencia política, no se ven aquí grandes ministros ni capitanes ilustres; nuestra gloria consiste únicamente en el genio de la imaginacion; pero ¿no os parece, milord, que

un pueblo que honra los talentos, merecia mas noble suerte?

Soy severo con las naciones, respondió Osvaldo, y creo que siempre merecen la suerte que tienen. — Duro es eso, repuso Corina, y acaso viviendo en Italia, experimentareis un sentimiento de compasion hácia este país hermoso, que la naturaleza adornó, al parecer, como una víctima; pero siquiera acordaos que la mas dulce esperanza de nosotros los artistas, de nosotros los amantes de la gloria, es lograr un sitio aquí: ya he señalado el mio, dijo, mostrando un nicho que aun no se hallaba ocupado: Osvaldo, ¿quién sabe si no volvereis á este recinto, cuando esté mi busto colocado en él? Entónces... — Osvaldo la interrumpió con viveza, y le dijo: Resplandeciendo de juventud y de beldad, ¿podeis hablar de esa suerte al que ya hacen inclinar hácia el sepulcro la desgracia y el padecer? — ¡Ah! replicó Corina, la tormenta puede tronchar en un momento las flores que levantan la cabeza todavía. Osvaldo, querido Osvaldo, añadió despues, ¿por qué no sereis dichoso, por qué?... — No me preguntéis jamas, repuso lord Nelvil; vos teneis vuestros secretos, yo los míos, respetemos mutuamente nuestro silencio. No, no sabeis la conmocion que sentiria si hubiera de contaros mis desventuras. — Calló Corina, y sus pasos, al salir del templo, eran mas lentos, y mas pensativas sus miradas.

Paróse debajo del pórtico. — Allí, dijo á lord Nel-

vil, habia una urna de pórvido sumamente bella, trasladada ahora á San Juan de Latran; contenia las cenizas de Agripa que se colocaron al pié de la estatua que él mismo se levantó: los antiguos cuidaban tanto de suavizar la idea de la destruccion, que sabian separar de ella todo cuanto tiene de lúgubre y de espantosa. Por otra parte sus sepulcros eran tan magníficos, que en ellos se hacia sentir ménos el contraste de la nada de la muerte, y de los esplendores de la vida: mas tambien es cierto que como la esperanza de otro mundo era en ellos mucho ménos viva que en los cristianos, los gentiles se esforzaban á disputar á la muerte la memoria que nosotros depositamos sin temor en el seno del Eterno.

Suspiró Osvaldo, guardando silencio. Las ideas melancólicas tienen mucho atractivo, miéntras no hemos sido profundamente desventurados; pero cuando el dolor en toda su aspereza se apodera del alma, ya no se oyen, sin estremecerse, ciertas voces que en otro tiempo solo excitaban en nosotros meditaciones mas ó ménos agradables.

CAPITULO III

Yendo á San Pedro, se pasa por el puente de Santángelo, y Corina y lord Nelvil le atravesaron á

pié. — En este puente, dijo Osvaldo, volviendo del Capitolio, pensé por primera vez largo tiempo en vos. — No me lisonjeaba, repuso Corina, que aquella coronacion en el Capitolio me valdria un amigo, si bien buscando gloria, siempre esperé que me haria amar: ¿para qué sirviera, á lo ménos á las mujeres, sin esta esperanza? — Detengámonos aquí algunos instantes mas, dijo Osvaldo; ¿qué memoria, entre todos los siglos, puede valer para mi corazon tanto como este sitio que me recuerda el primer dia en que vi á Corina? — No sé si me engaño, respondió ella, pero me parece que el cariño se aumenta, admirando juntamente los monumentos que hablan al alma con verdadera grandeza. Los edificios de Roma no son helados, ni mudos; concibiólos el genio; consagran los acaecimientos famosos; y acaso es preciso amar, Osvaldo querido, y amar en especial un carácter como el vuestro, para complacerse en sentir con él todo lo que se advierte noble y hermoso en el universo. — Sí, repuso lord Nelvil; mas mirándoos, y oyéndoos, no he menester de otras maravillas. — Corina le dió gracias con una hermosa sonrisa.

Detuviéronse, caminando á San Pedro, delante del castillo de Santángelo: — Hé aquí, dijo Corina, uno de los edificios, cuyo exterior presenta mas originalidad: este sepulcro de Adriano, trocado por los Godos en fortaleza, lleva el doble carácter de su primero y de su segundo destino: construido